

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

Los usos del semblante en la mujer.

Thompson, Santiago.

Cita:

Thompson, Santiago (2014). *Los usos del semblante en la mujer*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/731>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/gGt>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LOS USOS DEL SEMBLANTE EN LA MUJER

Thompson, Santiago

Universidad de Buenos Aires. Ciencia y Técnica

RESUMEN

El presente trabajo propone una articulación entre la categoría lacaniana de semblante y la feminidad. En primer término, el autor problematiza la relación entre la categoría de semblante y la mujer. Luego se distinguen dos semblantes femeninos: el semblante de objeto a causa de deseo y el semblante de La Mujer barrada. Finalmente, se sitúan los usos de ambos semblantes en relación al amor, el deseo y el goce.

Palabras clave

Posición subjetiva, Lacan, Objeto a, La mujer barrada

ABSTRACT

THE USAGES OF THE SEMBLANCES IN THE FEMALE

This article purpose an articulation between the Lacanian category of semblance {semblant} and femininity. A first step, the author discusses the problematical relationship between the semblance category and the woman. Later, two feminine semblances are distinguished: the semblance of object a cause of desire, and the semblance of the Barred Woman. Finally, both semblance usages are situated in relation to love, desire and enjoyment {jouissance}.

Key words

Subjective position, Lacan, object, a, The barred woman

La relación entre la mujer y los semblantes es problemática, y se la entiende con frecuencia en términos de oposición. Es una tentación oponer la mujer, “más verdadera y más real” a los semblantes, que en una primera aproximación serían aquello que queda del lado de lo aparente y falaz. En un trabajo anterior me aboqué a realizar una delimitación de la categoría lacaniana de semblante.[1] En esta presentación intentaré ubicar la relación de tal categoría con la feminidad, y proponer una distinción posible en el campo de los semblantes femeninos.

Imágenes y símbolos en la mujer

Previa a toda conceptualización de la categoría de semblante en Lacan, encontramos una alusión a la articulación entre feminidad y semblante en su escrito sobre sexualidad femenina. Allí afirma que la “imágenes y símbolos *en* la mujer no podrían aislarse de las imágenes y de los símbolos *de* la mujer” (Lacan 1958, 692). Como señala Colette Soler, la expresión “imágenes y símbolos” anticipa el término de semblante, mientras que la frase misma inscribe en la subjetividad femenina lo que, originalmente, se encuentra en el Otro (Cf. Soler 2004, 38). Esta articulación nos permite una primera aproximación a los semblantes femeninos, en línea con la delimitación que hicimos de tal categoría: este consiste en lo que una mujer da a ver. Y lo que da a ver, lo da a ver, en consonancia con modelos e insignias producidos en el lugar del Otro.

Serge André lleva al extremo la cuestión y afirma que ser mujer es hacer semblante de ser mujer:

“La posición femenina (...) funciona como metáfora del Otro en

tanto que resulta imposible reunirse con él, ya que siempre permanece como Otro. En consecuencia, una mujer permanece, como mujer, radicalmente fuera del alcance del sujeto, incluso del sujeto que se coloca en la posición femenina. Con mayor exactitud, la feminidad no puede alcanzarse o designarse sino por sesgo de un semblante, Ser mujer es, quíerese o no, hacer semblante de ser mujer. Esta relación con el semblante [es] en principio un asunto de estructura puesto que el lenguaje sitúa a la mujer fuera de lo que puede decirse. ¿Cómo se las arregla una mujer con esta posición que, a falta de esencia significable como tal, sólo puede afirmarse en el artificio? ¿Cómo lograr que se reconozca la feminidad a través de un semblante en sí no femenino?” (André 1995, 261) (el subrayado es mío)

André concluye, aludiendo al texto lacaniano de “La significación del falo”, que una mujer se ve llevada a comprender que es por lo que no es por lo que pretende ser deseada al mismo tiempo que amada. Hay que agregar aquí, que también el “ser hombre” es, como hemos ubicado en el texto de Lacan, hacer semblante de ser hombre. André subraya el hecho de que el ser mujer implica un goce no subjetivable, y entiende que a ese lugar no subjetivable, viene a taponarlo un semblante. Habría entonces que delimitar el semblante específico que responde al no-toda lacaniano. Antes de abordar este punto, pondremos el acento en el “quíerese o no” que desliza André. Hay, parece ser, cierta reticencia a la hora de ligar la condición femenina a la categoría de semblante.

Mujeres <> Semblantes

Jacques Alain Miller dictó entre 1991 y 1992 un curso anual titulado *La naturaleza de los semblantes*. En nuestro medio, fue sin embargo una versión fragmentada de sus elaboraciones la circuló durante una década (Cf. Miller 1991-92b) y popularizó una idea equívoca: la oposición entre mujer y semblante. Lo cual daría lugar a pensar que hablar de “semblantes femeninos” es una suerte de oxímoron. Pero conviene limitar la afirmación de Miller a los semblantes de la civilización, que no tocan el cuerpo. Ella no excluye el hecho de que el camino hacia “lo real del goce” no está hecho sino de semblantes. La mujer no hace otra cosa que oponer otro semblante a los semblantes masculinos de la cultura. Miller presenta a la mujer como enemiga de los semblantes de la civilización, que se podrían calificar como “falsos semblantes”.

La mujer no ataca “los semblantes” como categoría, sino determinados semblantes ante los cuales se propone como preferible, ya que después de todo su semblante de mujer esta encarnado en un cuerpo. Si el objeto *a* es también un semblante, ella lo encarna para denunciar otros semblantes que no implican el riesgo del pasaje al acto, y el confrontar con la no-proporción-sexual. Así lo señala el mismo Miller en esa famosa clase cuando aclara que “hay un punto en el que el semblante sólo puede ser denunciado a partir del semblante. Con la ayuda de un semblante, por suponerlo lo más cercano a lo real, se denuncia el conjunto de los semblantes” (Miller 1991-92b, 78)

Miller lee en esquema triangular que presenta lacan en el *seminario 20*, que “el semblante se declina bajo estas tres formas (el sem-

blante propiamente dicho, en el camino de lo simbólico a lo real, lo verdadero y la realidad” (Miller 1991-92, 120). Tal distinción da marco y contexto a la oposición que propone luego entre la mujer y los semblantes de la civilización. Se impone entonces, para no entrar en una confusión conceptual entre la categoría de semblante y sus elementos, distinguir:

- los semblantes que tocan el cuerpo, aquellos en los cuales se parte de lo simbólico hacia lo real, retomando el esquema de Lacan del *seminario 20*. Semblantes que apuntan, sin alcanzarlo, hacia lo real.
- Los semblantes que podemos ubicar en los otros dos lados del triángulo: escapando de lo real hacia lo imaginario, todo el campo de la realidad, signada por la común medida fálica. Y partiendo de lo imaginario a lo simbólico, el campo de lo verdadero, que como señaló Lacan situó en más de una oportunidad como teniendo una estructura de ficción. En estas dos vertientes se puede ubicar todo el campo de las producciones de la civilización, y los semblantes que ataca la posición femenina.

Los usos del semblante

Repasemos brevemente las formulas de la sexuación propuestas por Lacan. Del lado mujer, Lacan pone por un lado el *a* al que el varón se dirige. Objeto parcial del cual obtiene un plus-de-goce. Por otro lado, introduce el matema *La mujer barrada* del cual parten dos vectores: uno que se dirige al falo, al falo como instrumento de goce, pero también, y fundamentalmente, como signo del deseo del partenaire. El otro vector se dirige al significante de la falta en el Otro. En esta barra en el Otro, Lacan ubica a esta altura el Otro goce, el goce femenino. Goce no normativizado por el falo, ni aprehensible por vía discursiva.

Propongo ubicar, en el contexto de este esquema, al *a* y a *La mujer barrada* como dos semblantes de la mujer. Si Lacan asocia explícitamente el objeto *a* al semblante, si el encuentro sexual está mediado por los semblantes, y estos matemas apuntan a dar cuenta de tal encuentro, es una posibilidad sostenerse en ellos para abrir el campo de los semblantes femeninos. A continuación desarrollaré ambas propuestas.

- Semblante de *a*.

Una dimensión del semblante femenino concierne al semblante de objeto *a*, causa del deseo de un hombre. El impacto, largamente comentado, del subsumir el *a* al semblante, hace olvidar la afirmación contraria que conlleva: el semblante por excelencia es el *a*. Afirmación que hay que contextualizar en la lógica del *seminario 20*. ¿Cuál es el lugar preeminente y novedoso del objeto *a* en este seminario? El que Lacan le otorga en las fórmulas de la sexuación. Es decir, el objeto al que el varón se dirige, del lado mujer del esquema. Esta dimensión del semblante femenino implica la transmutación del cuerpo por la cual esta abandona sus funciones biológicas para devenir causa de deseo de un hombre. Semblante en definitiva, de ser el objeto del fantasma masculino. La fórmula del fantasma, como Lacan mismo se ocupa de subrayar en este seminario, se compone mediante el vector que ubica al varón en el lugar del sujeto y se dirige al *a* del lado mujer. Aquí entran en juego las imágenes y símbolos de la mujer en su valor erótico, conjugados con las imágenes y símbolos *en* la mujer. Imágenes y símbolos que toman como soporte al soma, dando lugar este semblante femenino que pone en primer plano el campo del deseo.

Como lo señala Soler, “la mujer, para incluirse en la pareja sexual, debe no tanto desear, sino hacerse desear, o sea, moldearse a las condiciones del deseo del hombre (...) Para las mujeres, la instancia del semblante se encuentra acentuada, incluso redoblada por su lugar en la pareja sexual, que las obliga estructuralmente a vestirse

(...) con los colores anunciados por el del deseo del Otro” (Soler 2004, 38). Por medio de esta envoltura imaginaria, la mujer se sitúa como síntoma de otro cuerpo.

Una vez ubicado lo que ponemos bajo la égida del semblante de *a*, queda un campo abierto que Soler interroga: “Si la mujer se inscribe en la pareja sexual solamente por “dejarse desear”, su posición como partenaire del deseo masculino deja en sombra la cuestión del propio deseo que condiciona ese consentimiento” (Soler 2004, 38). Lo cual da pie a la segunda dimensión del semblante en la mujer que nos proponemos delimitar.

- **Semblante de *La mujer barrada*.**

En “*L'Étourditi*”, haciendo hablar a la mujer, Lacan escribe: “esfinge/finjo [esphynge] mi *no-toda*” (Lacan, J. 1972, 492). Podemos leer aquí “hacer semblante del *no-toda*”. Lacan propone este neologismo que combina la esfinge con el fingimiento, en lo que escribe como un discurso de la mujer dirigido al hombre. La posición femenina implica hacer semblante del enigma de la feminidad. Si del lado del semblante de *a* queda aquello que da consistencia al ser, en este semblante están privilegiadas la falta en ser y la posición del sujeto. Rithée Cevasco sitúa, en tal sentido, que “del lado femenino la distinción entre posición subjetiva y posición sexuada es *radicalizada*. Mientras que del lado masculino, la posición subjetiva y la posición sexuada es (...) *coextensiva*” (Cevasco 2005, 149). Siguiendo esta idea, podemos situar al semblante de *a*, del lado de la posición sexuada, mientras que el semblante de *La mujer barrada* tiene como efecto una posición subjetiva.

La posición femenina supone entonces hacer semblante de la mujer que no existe. En tal sentido, dice Lacan, “la mujer sólo sabe gozar de una ausencia” (Lacan 1971-72, 18). La mujer, cuando se sostiene en una posición propiamente femenina, no procura sostener a un Otro sin falta, sino que de esa falta, ella goza. Los vectores que parten desde *La mujer barrada*, dan cuenta de los usos particulares del semblante propio de la posición femenina. Paso ahora a desarrollar tales usos.

- *La mujer barrada* => falo

Por un lado la mujer se dirige al falo, instrumento de goce, pero también signo del deseo del Otro. Lacan afirma en su *seminario 18*, que el encuentro con una mujer es para el hombre la hora de la verdad. Agreguemos: la verdad sobre su posición respecto del deseo. Por un lado el varón se enarbola como sujeto deseante a la caza de un goce fantasmático (de allí la notación *sujetoà a*). El falo está situado, entiendo que no por casualidad, debajo del sujeto en el lado hombre del esquema lacaniano. Retomando los lugares designados en los cuatro discursos: si el sujeto está el lugar del semblante, y el *a* en el lugar del otro; podemos ubicar al falo en el lugar de la verdad. Si el cortejo entre los sexos, como afirma Lacan, está mediado discursivamente, tenemos allí un esbozo de como entra el varón a tal encuentro. El falo revela su posición (decidida, temerosa, inhibida, vacilante) en el campo cerrado del deseo.

Del lado de la mujer, falo opera como instrumento de goce, pero también como aquello que revela la verdad respecto del deseo del partenaire. Allí se juega el deseo femenino de reconocimiento... a nivel del deseo. En esta línea, Rithée Cevasco afirma:

“El vector del goce fálico aparece cuando una mujer va a buscar (...) al poseedor del órgano (...) el órgano en tanto órgano de tumescencia, de erección y le interesa por un doble valor: por la potencia porque es el instrumento de un goce posible que de él obtendrá, pero también (...) porque la erección masculina le hace signo de ser, ella, deseada. El falo en tanto significante del deseo, del deseo de su hombre (...) del deseo que ella puede suscitar, que es capaz de despertar en él” (Cevasco 2005, 152)

Entonces, desde de este semblante que es *La mujer barrada*, se dirige a falo produciéndose un efecto subjetivo: reconocerse o no como deseada. Lacan, mucho antes de proponer sus fórmulas de la sexuación, articula que ella “se tienta tentando al Otro (...) Como lo muestra la famosa historia de la manzana cualquier cosa le sirve para tentarlo (...) con esa manzana es suficiente para que ella, el pececito, haga pescar al pescador de caña. Es el deseo del Otro lo que le interesa.” (Lacan 1962-63, 207). El semblante de *La mujer barrada* da lugar a una efecto sujeto a nivel de la verdad. Si para Lacan, el deseo es la verdad de la demanda,[iii] debajo de la demanda de satisfacción, de la reivindicación de derecho al goce de la mujer, se esconde este deseo de deseo.

▪ *La mujer barrada* => *Significante de la falta en el Otro*

Por otro lado, un segundo vector parte de la mujer para dirigirse al *Significante de la falta en el Otro*. El semblante que sostiene la posición femenina, y que identifico con el *La mujer barrada* se dirige así al “límite impuesto al discurso cuando se trata de la relación sexual” (Lacan 1971, 154): límite que Lacan ubica como un goce no subjetivable, el goce femenino. En palabras de Lacan, se dirige al “Otro goce, para siempre *inter-dit*, al que el lenguaje solo le da habitación proveyéndolo (...) de escafandras” (Lacan 1971, 139). El Otro goce no puede decirse, esta aferrado a aquello que subsiste entre los dichos, como indecible, fuera-del lenguaje. Podemos situar a la posición femenina como aquella que procura, con las escafandras del lenguaje, darle habitación a este Otro goce.

Lacan afirma en el *seminario 14* que para orientarse en el goce que supone el encuentro sexual, no hay otra referencia que el goce fálico. Y de lo que allí resta surge como supuesto “la idea de un goce femenino”. Resalta: “he dicho surge la idea y no el goce. Es una idea, es subjetivo” (Lacan 1966-67a). Es decir, que si bien el goce femenino no es subjetivable, se puede aludir a él subjetivamente. Entiendo que el semblante de *La mujer barrada*, apunta, por un lado, a “darse aires” de un gozar de otro modo. Se trata de una promoción activa del enigma de la feminidad. Entonces, por un lado este vector está articulado a la suposición de un goce Otro.

Por otro lado, aprehender el goce Otro con las escafandras que da el lenguaje implica la articulación del semblante de *La mujer barrada* a la palabra de amor, que procura hallar del lado del partenaire. Ya en el *seminario 16*, Lacan escribía en su pizarrón: “LA autre” (Equivoco ortográfico que introduce lo femenino en L’Autre [el Otro]) anotando debajo “Lugar de la palabra con la que se hace el amor” (Lacan 1968-69, 199). Más adelante, comenta lo escrito señalando que “la sublimación es este esfuerzo para permitir que el amor se realice con una mujer” (Lacan 1968-69, 222). Ubico allí un antecedente de lo que se explicita en este vector *La mujer barrada* a *Significante de la falta en el Otro*, la palabra de amor como un elemento inherente al encuentro con una mujer.

Rithée Cevasco, en tal sentido, ubica que “este vector del “goce otro” femenino, otro que el fálico, es al mismo tiempo el vector que está absolutamente coordinado con la dimensión del amor” (Cevasco 151, 2005). Por otra parte, Serge André sitúa respecto de esta posición subjetiva, la búsqueda de una palabra de amor que remede la imposibilidad de subjetivar este Otro goce. Una palabra que suplemente este punto de real, inaprensible discursivamente. Lacan en “*L’Etourdit*” sitúa que decir que una mujer es no-toda implica que es “ella la única cuyo goce sobrepasa a aquel que surge del coito” (Lacan 1972, 490). En otros términos, contrariamente al varón, cuyos saldos subjetivos se declinan rápidamente, la mujer no se identifica a sus orgasmos. Agrega que es por ello por lo que “ella quiere ser reconocida como única” (Lacan 1972, 491).

Entonces, a nivel de su lugar en el discurso, este uso del semblante

de *La mujer barrada* tiene como efecto una posición propiamente subjetiva. Desde su lugar, se procura subjetivar su no-toda a partir del suplemento de la palabra de amor. He aquí nuestro segundo semblante femenino: el que *es-finge* su no-toda. Tracciona a que el partenaire entregue su palabra de amor que suplemente la no-subjetivación del goce Otro. Va a la caza, siempre fallida, de un significante que nombre ese real no subjetivable que es el goce femenino. Si del lado de la dirección al falo, ponemos a la verdad, de este lado en cuanto lo que hay es una falta de significante que pueda dar cuenta del goce femenino, no podemos más que ubicar a la mentira como velo de la falta en el A. El saber popular nos socorre aquí, articulando lo que se juega en las formulas de la sexuación en el campo de los semblantes. El dicho reza: “Las mujeres se enamoran de lo que escuchan, los hombres se enamoran de lo que ven. Por eso las mujeres se maquillan, y los hombres mienten”.

Para concluir

Entiendo que sería un error suponer que la dimensión del semblante se juega únicamente en el lugar de ser causa del deseo masculino ya que, como hemos ubicado, una posición subjetiva esta también sostenida en un semblante. El “parecer” y el dar a ver se juega en ambos niveles. Por un lado, semblante del objeto causa de deseo. Por el otro, la mujer “se da aires” de no-toda, promueve el enigma en torno a feminidad, el goce femenino como supuesto, y desde allí erige su posición subjetiva. Ambos guardan relación, ya que la posición subjetiva sostenida en el semblante de *La mujer barrada*, remite a los saldos subjetivos del encuentro sexual. Si el semblante de *a* sostiene para la mujer, en tanto posición sexuada, la entrada en el encuentro sexual; el semblante de *La mujer barrada* soporta la posición subjetiva -siempre tambaleante- que tal encuentro significa como deseada o no deseada, como amada o no amada, como satisfecha o insatisfecha. Es decir, las consecuencias subjetivas del encuentro a nivel del amor, del deseo y del goce.

NOTAS

[i] “La categoría lacaniana de semblante”, presentado en estas mismas jornadas.

[ii] Cf. Miller 1991-92, 203.

BIBLIOGRAFIA

André, S. (1995) ¿Qué quiere una mujer? Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1995.

Cevasco, R. (2005) La discordancia entre los sexos. Buenos Aires: Ediciones S&P, 2010.

Lacan, J. (1958) “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”. En Escritos 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, pp. 589-699.

Lacan, J. (1962-63) El Seminario. Libro 10: La angustia. Buenos Aires: Paidós, 2006.

Lacan, J. (1966-67) El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma. Clase del 24/5/1967. Inédito.

Lacan, J. (1968-69) El Seminario. Libro 16: De otro al otro. Buenos Aires: Paidós, 2008.

Lacan, J. (1971) El Seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante. Buenos Aires: Paidós, 2009.

Lacan, J. (1971-72) El Seminario. Libro 19: ...o peor. Buenos Aires: Paidós, 2012.

Lacan, J. (1972) “El atolondradicho”. En Otros Escritos. Buenos Aires: Paidós, 2012, pp. 473-522.

Lacan, J. (1972-73) El seminario. Libro 20: Aun. Buenos Aires: Paidós, 2002.

Miller, J.-A. (1991-92) De la naturaleza de los semblantes. Buenos Aires: Paidós, 2002.

Soler, C. (2004) Lo que Lacan dijo de las mujeres. Medellín: Editorial No Todo, 2004.